

Marcelo Birmajer

---

No corras  
que es peor

(Seis cuentos de terror y misterio)

ALFAGUARA  
  
SERIE ROJA

NO CORRAS QUE ES PEOR

**L**o gracioso es que mi abuela siempre me había dicho: “No corras que es peor”. Me refiero a cuando yo me cruzaba con un perro. Nunca me han gustado los perros. No les guardaba animosidad, pero prefería no tenerlos cerca. Comprendo a la gente que quiere a sus mascotas. Ahora ya no creo que puedan volver a amarlas alguna vez. Pero hace un siglo, es decir, ayer, la gente todavía amaba a sus mascotas. Y yo las respetaba. ¿Por qué no? Pero no era mi caso. Yo prefería no estar en la misma casa con un perro. Ni siquiera en la misma vereda. Para serles completamente sincero, preferiría que los perros vivieran en una ciudad y yo en otra. Incluso exiliarlos a un planeta lejano. Pero, hasta ayer, todas estas reflexiones no era más que las fantasías ideadas por mi temor irracional a los perros. Hoy son parte del sentido común de cualquier habitante de Buenos Aires.

Desde que nací, escucho que hay que cuidar el planeta. No tirar basura a la calle, no usar desodorante en

aerosol, no utilizar más agua de la necesaria. Estoy de acuerdo con el concepto y con cada una de las recomendaciones. Pero, y este es el punto, no necesariamente nuestro comportamiento ecológico mantendrá la Tierra girando sobre su órbita ni al sol brillando ni a la luna a prudente distancia. Los dinosaurios no usaban desodorante en aerosol ni fumaban ni emitían sustancias agresivas contra el ecosistema ni utilizaban agua de más. No obstante, algo ocurrió y desaparecieron de la faz de la Tierra. No desencadenaron una guerra nuclear, no comieron algo que les cayó mal, no se extinguieron a sí mismos por comerse unos a otros, ni se suicidaron. Fueron eliminados por un cataclismo inesperado y absolutamente independiente de su conducta. Vale decir, los dinosaurios se portaron bien, mucho mejor que nosotros, pero de todos modos solo les dieron el boleto de ida. La naturaleza no es sabia. Ni justa. Los perros tampoco. Yo lo sabía desde mucho antes. Pero ayer todo Buenos Aires lo comprobó. Hubiera preferido no tener razón. Y que mis amigos todavía estuvieran vivos.

Podemos decir que todo comenzó por una mujer. Eso es verdad en todos los casos. El mundo no existiría si no fuera por una mujer. Pero mucho me temo que el día en que deje de existir será, también, por una mujer. Nada ni nadie me hubiera podido obligar a estudiar Matemáticas, mucho menos en compañía de un perro caniche, excepto Jimena Lacandona. Era la chica más linda de mi curso. Posiblemente, la más linda de todo el colegio. En mi opinión era la más linda

del mundo. Pero el tiempo nos había jugado un chiste desgraciado.

Al comienzo de tercer año, los dos éramos más o menos de la misma edad, y bastante amigos. Alrededor del mes de mayo, Jimena comenzó a convertirse en mujer; mientras que yo derivaba lentamente hacia un ser monstruoso. El cuerpo de Jimena parecía florecer; a mí me apareció un granizado de pus en la cara. Jimena caminaba como si levitara, y movía las caderas como si oyese música. A mí, en cambio, me engordó la nariz. No sé cómo explicarlo sin mentir: la nariz se me puso gorda, como una berenjena. Por primera vez en mi vida, me preguntaba cómo caminar. Me había olvidado. Hacía algo raro, entre arrastrar los pies y salticar. Sudaba profusamente, se me secaba la lengua y sentía una inquietud permanente. Jimena se convirtió en un hada; yo era una especie de ogro sin poderes. Lo milagroso de todo esto es que no dejó de hablarme. Antes me hablaba como si fuera su amigo, lo que ya era bastante humillante; ahora pasó a hablarme como si fuera su hermano menor, lo que resultaba todavía peor.

Matías Calarate, Diana Gensi y yo arreglamos para ir a estudiar Matemáticas a lo de Jimena.

La ciudad estaba particularmente silenciosa. Ocurría algo paradójico: no me atrevía a pedirle a Jimena que encerrara a su caniche mientras yo permanecía de visita en su casa. Mucho menos me atrevía a compartir un ambiente, el que fuera, con el perro. Pero mi temor a quedar como un cobarde delante de Jimena era incluso más poderoso que mi temor al caniche. En cualquier caso, yo no había encontrado una solución.

Ya sé, ya sé. ¿Qué me puede hacer un caniche? ¿Pero cómo le vas a tener miedo a un caniche? Ahora bien, si yo no les tuviera miedo a los caniches, que se lo tengo como a cualquier otro perro, les tendría asco. No me gustan. Espero no estar ofendiendo a nadie. Pero me parecen unas criaturas desagradables. Sin embargo, respeto a aquellos que sienten cariño, amor o fascinación por sus caniches. No lo entiendo, pero lo acepto. Entonces, del mismo modo que cualquiera de ustedes puede sentir atracción estética o sentimental por un caniche, y cuando lo ven, pensar o decir: “Ay, qué lindo caniche” y tener ganas de darle un beso en el hocico —lo que a mí literalmente me descompondría—, pido que se respete mi pánico a los caniches, ni más ni menos irracional que el amor. Sé que mucha gente piensa que el perro es el mejor amigo del hombre, pero yo creo que no hay ninguna especie que sea la mejor amiga de nadie. Eso no se da por especie: o tenés un mejor amigo o no lo tenés, pero no hay humanos ni animales ni minerales que de por sí estén destinados a ser tu mejor amigo.

Me estoy perdiendo. Les decía que llegué al edificio de Jimena Lacandona y la ciudad se encontraba inusualmente silenciosa; incluso, deshabitada. Toqué el portero eléctrico. No me habían contestado, cuando vi pasar por la vereda, pegado a mí, un ovejero alemán. Iba con correa pero solo, sin su dueño. El ovejero me miró; parecía tratar de leer mi pensamiento. Yo dejé de respirar. Supliqué para que no sonara la voz en el portero eléctrico: el menor estímulo podía lanzarlo sobre mí. Entonces sonó un celular. Sin mover la cabeza, sólo

con los ojos, busqué de dónde procedía el *ringtone*, que era de cumbia. No tardé en descubrirlo: el ovejero alemán había dejado junto a mis pies, en la escalera, un celular que sonaba. Lo había sostenido en la boca hasta ese momento. Siguió su camino. Bajó de la vereda a la calle y en ese preciso instante apareció raudo un auto Volkswagen y lo atropelló. El perro estaba en mitad de la calle y voló hasta la esquina. Hizo ruido como de cajón de verdulería al caer sobre el cemento. La cabeza del perro quedó desprendida y del cuello roto asomaron las vísceras. El auto se había esfumado chirriando las ruedas. Al mismo tiempo dejó de sonar el celular y sonó el timbre, que, sin preguntarme quién era, me abrió la puerta.

Entré al edificio en estado de shock. En esos escasos minutos de espera había presenciado más escenas impresionantes de las que recordaba en muchos años anteriores. Una vez había visto cómo le pegaban a un borracho; creo que ese había sido mi máximo contacto con la violencia real. El ascensor estaba bajando sin que yo lo hubiera llamado. Jimena vivía en el piso siete. Cuando estaba por el tercero, escuché los ladridos. Intuí que eran del caniche de Jimena. Yo no lo conocía, pero esa cosa aguda, como de anciana, tenían que ser los ladridos del caniche. ¿Qué hacía el caniche en el ascensor? ¿Jimena me bajaba a abrir con el caniche? ¿No lo podía dejar solo ni un segundo? Me había aguantado las ganas de pedirle a Jimena que encerrara al caniche cuando yo fuera a estudiar con ella; pero no subiría en el ascensor con la bestia. Estaba dispuesto a subir los siete pisos por escalera. Le diría que tenía

una enfermedad que sólo se contagia a los caniches, y que no lo quería perjudicar. El ascensor, que era de puertas metálicas automáticas, se abrió solo y me preparé para lo peor. Pero lo peor nunca es lo que imaginamos.

El caniche parecía un muñequito de peluche. Unos ojos como dos ranuras negras asomaban de un pelo muy blanco y enrulado, pero desde el hocico para abajo, y no se le veía la boca, estaba teñido de un rojo muy oscuro. Ladró una vez más y, mientras yo no atinaba siquiera a gritar, igual que el ovejero alemán, dejó algo a mis pies. En este caso era un dedo humano. La puerta del ascensor se cerró con el caniche adentro. Yo salí corriendo hacia la puerta de entrada. Golpeé contra el vidrio y, en lugar de romperlo, caí sentado en el piso. No sé si el vidrio era lo suficientemente fuerte o si, en un instante misterioso, por un motivo que ignoro, logré atenuar el impacto. Me levanté, más impresionado por lo que había visto que por el golpe. Me dirigí a las escaleras. ¿Qué tenía que hacer? Comencé a subir las. La puerta de calle estaba cerrada y, si quería salir, tenía que esperar la llegada de un vecino o romper el vidrio. Me pareció que lo más razonable era subir. Pero lo más razonable cambia con la misma velocidad que cambia todo en la vida. Subí las escaleras. Exactamente en el tercer piso, escuché nuevamente los ladridos del caniche. Provenían de un pasillo, no sabía si más arriba o más abajo. Si era más abajo, me había salvado. Si era más arriba, estaba perdido. No me animaba a gritar: “¡Jimena!”. En el quinto, un vecino abrió la puerta, me miró con desconfianza, me hizo un gesto extraño de que me marchara y volvió a cerrar. Mis pies pesaban como



dos bolsas de plomo, pero subí al sexto. Entonces, desde el séptimo, vi venir hacia mí al caniche volando como un misil. Si lo hubiera planificado, jamás lo habría hecho. Me dejé caer hacia atrás, como si yo volara a mi vez, y en cuanto el caniche estuvo lo suficientemente cerca le pegué una patada que lo estrelló contra la pared de la escalera. El cuerpo del caniche se aplastó como un trapo contra la pared, y escuché crujir sus diminutos huesos. Como había visto tantas veces en los dibujitos animados, se despegó de la pared, y rodó escalones abajo. Levantó la cabeza una vez más y yo, presa de un ataque de nervios, se la aplasté con mi propio pie. Subí corriendo los escalones que me quedaban. La puerta del departamento de Jimena, el séptimo A, estaba entreabierta. Hasta donde podía verse, no había nadie. Tampoco aquí me atreví a gritar el nombre de mi compañera de curso, de la más linda del mundo. Esencialmente, por temor a que no me respondiera. Pero también porque... ¿quién sabía si no había otro perro, al cual alertaría con mi grito? Jimena me había hablado muchas veces de su caniche y, con menos simpatía, de su hermano menor. Tranquilamente podía haber un boxer, o un dóberman, que fuera la mascota del insoportable hermano de Jimena. Es cierto que el departamento no parecía tener más de cuatro ambientes; pero las personas que aman a los perros convierten a sus hogares en el Arca de Noé. No les importa compartir el plato y la cama con el perro. Avancé por la casa sin pedir permiso. Un ladrido agudo y feroz, como si el caniche hubiera resucitado y reclamara venganza, provenía de alguna parte del edificio. Luego se escuchó

un grito humano. El grito de la mujer se convirtió en aullido, y se apagó. El perro ladró una media docena de veces más, en un tono satisfecho, quizás amable. En lo que parecía el cuarto de los padres encontré a Jimena. Estaba dormida o desmayada, con manchas de sangre a su alrededor, y un extremo de la sábana enrollado sobre su herida en la mano. Recién entonces supe que aquello que me estaba ocurriendo no era una pesadilla: yo no tenía suficiente imaginación como para concebir algo tan bello. Incluso desmayada y herida, causaba más admiración que pena. Le hablé suavemente. Dije su nombre. Lo repetí, ya no sé si para despertarla o porque sí. No tuve más remedio que acercar mi oreja a su nariz y a su boca, para escuchar y sentir si respiraba. Su aliento cálido me hizo cerrar los ojos. Le toqué el rostro con el reverso de mi mano. Repetí su nombre. Abrió los ojos.

—¿Dónde está Chogui? —preguntó.

Yo no lo podía creer. Chogui era su caniche. La voz se le escuchaba débil, el sitio donde había estado el dedo quizá todavía sangraba. Pero ella preguntaba por su perro.

—Tenemos que llevarte a un hospital —dije—. ¿Podés caminar?

—¿Lo viste a Chogui? —insistió.

Mientras pensaba que mejor que ir al hospital sería llamar a una ambulancia, me las arreglé para responder:

—Acá no está. Por lo menos, no lo vi.

—Me mordió —dijo Jimena.

“No sólo te mordió”, pensé, “te arrancó el dedo índice de cuajo”.

Para mi gran desmayo, por la persiana del balcón vecino, que creí totalmente baja, vi aparecer la cabeza de un niño. No le resultaba fácil pasar el resto del cuerpo, pero había asomado la cabeza.

—¡Metete adentro y bajá la persiana! —le grité.

Pero era muy chiquito como para entenderme, y ni siquiera sé si podía o se le había quedado la cabeza atorada.

El chico me miró y dijo:

—Papá.

El perro giró la cabeza hacia el niño. Le grité al perro y giró un instante más hacia mí. El chico volvió a meter la cabeza del otro lado de la persiana. El perro corrió hacia la persiana y trató de seguirlo. Pero no pasaba. Metía el hocico bajo la persiana y empujaba con su corpachón, como si fuera a meterse a presión.

Corrí a la cocina. Busqué un secador, un escobillón, una escoba, todos artículos a los que habitualmente les escapaba. En el lavadero encontré un secador con el palo lo suficientemente largo. En los primeros cajones de la cocina elegí el cuchillo más filoso. Y en los últimos dos cajones aparecieron el hilo sisal y la cinta de embalar. Todas las casas de familia son iguales. Armé mi improvisada bayoneta y volví corriendo al balcón.

El ovejero seguía intentando meterse debajo de la persiana. Le grité nuevamente. En ese instante recuperó la calma. Volvió a mirarse las patas y a jadear contento. Se acercó amigablemente hacia mí. Pero yo no me podía arriesgar. De un solo movimiento pasé el palo por entre las rejas y lo impacté en el hocico. El perro se quedó en el lugar, incrédulo, y se pasó la pata por el hocico sangrante.

Volví a chucearlo y acerté en el pecho. Hizo un ruido humano, y se dejó caer. Hundí la lanza y la revolví hasta que dejó de moverse. La retiré y la dejé de pie junto a la reja de mi balcón.

Siete pisos más abajo, en la calle, distinguí la inconfundible campera fucsia de Matías, con capucha. Lloviznaba.

—¡Matías! —le grité, con algo de alivio.

Se quitó la capucha y alzó la vista. Nuestros ojos se cruzaron por un segundo. La jauría apareció como un grupo de vecinos que hubieran salido de recorrida por el barrio. Había un boxer, uno de esos perros de cara plana que no sé cómo se llaman, un dogo argentino y varios perros mestizos. Serían unos ocho en total. Trotaban ordenadamente, casi en formación. El dogo mordió la pantorrilla de Matías y uno de los perros sin nombre le saltó al cuello. Ni siquiera lo escuché gritar. Pero escuché nítidamente cómo se rasgaba la tela de avión de su campera fucsia. La rompían a dentelladas. Regresé al interior del departamento. Con su habitual puntualidad, escuché la sirena de un auto policial. Gané nuevamente el balcón. Los perros abandonaron el cuerpo de Matías y encararon a los dos policías que bajaron del patrullero. Los policías comenzaron a disparar sin dudar. Por los menos tres de los perros mestizos quedaron desparramados en la calle. Pero el dogo y el boxer atacaron al mismo tiempo a un oficial y lograron desarmarlo. El perro de cara plana fue directo a la cabeza del otro oficial. Parecían saber dónde morder para matar. En pocos minutos, todo había terminado. Vi a los cuatro perros sobrevivientes alejarse con la misma elegancia con la que habían llegado.

De regreso al interior del departamento, supuse que, de no saberlo ya, la muerte de los dos policías alertaría a sus colegas y a la población en general. Por hacer algo, apreté el botón de hablar del teléfono. Ahora tenía tono. Marqué el 911. Me atendió inmediatamente una mujer.

—¿En qué barrio está? ¿Qué tipo de ataque padeció?

—Estoy en la avenida Libertador —respondí—. No sé cómo se llama el barrio. Un perro le mordió el dedo a mi amiga. ¿Pueden mandar una ambulancia?

—¿Sólo un dedo? —consultó la operadora.

—Se lo arrancó de cuajo —precisé—. No sé si todavía está sangrando.

—¿Solo le arrancó un dedo? —insistió la operadora, como si no fuera lo suficientemente grave.

—¡Un dedo! —grité.

—Si sangra, apriétele fuerte la herida, y llévela al hospital más cercano. Si ya no sangra, y no hay desmayo ni infección, aguarden en su departamento y mantengan el televisor prendido. Las autoridades informarán cuando se pueda salir a la calle. Supongo que no hay perros en su hogar, ¿correcto?

—Ya no.

—Manténganse alejados de cualquier clase de perros, por muy amables que se muestren. Si pueden eliminarlos, no lo duden. E informen a las autoridades. No intenten conservar a sus mascotas.

Corté. Jimena apareció en el comedor. Estaba pálida como una sábana. De hecho, la sábana rosada que aún llevaba como venda en la intersección entre los dedos tenía un color más saludable que su rostro.

—Me siento mal —dijo Jimena—. ¿Dónde está Chogui?

Inmediatamente se desmayó.

La dejé en el piso para evaluar mis opciones. La alfombra era mullida. Salí al balcón a echar un vistazo más. El cadáver del ovejero alemán parecía acusarme. Lo mejor, desde varios puntos de vista, era permanecer en el departamento hasta tener un reporte más claro de la situación. Pero... ¿cuánta sangre había perdido Jimena? ¿Con qué certeza podía yo afirmar que viviría si no la atendían en un plazo breve de tiempo? Llamar a una ambulancia, incluso cuando me atendieran, no era garantía de nada. Entre la cantidad de casos que debían de estar atendiendo y la posibilidad de que los perros atacaran a los enfermeros, las chances de que la camilla de una ambulancia efectivamente llegara hasta el departamento de Jimena eran por lo menos remotas. En las cercanías del departamento de Jimena yo sabía que estaba el sanatorio Mater Dei. Incluso, sabía cómo ubicarme para llegar caminando. Era cuestión de levantarla y llevarla. ¿Pero cómo, a upa? ¿A cococho? Yo había visto muchas películas en que los soldados llevaban a sus camaradas heridos pasándoles el brazo por el cuello y dejándolos caer sobre el hombro; pero nunca a una dama como Jimena.

Le acaricié la cara por segunda vez en el día. Abrió los ojos.

—Jimena —dije—. Voy a tratar de llevarte al Mater Dei. ¿Pensás que podrás apoyarte en mí?

Jimena hizo una mueca de desconfianza, no sé si en sus fuerzas o en las mías, y se adosó a mí. Sentí su

cuerpo contra el mío y la debilidad que me asaltó no tenía nada que ver con la ley de gravedad. Era suave y liviana. Me parecía que la podía llevar en una mano a dar la vuelta al mundo.

—¿Tenés las llaves? —le pregunté.

Asintió.

Salimos al pasillo y cerramos la puerta.

—¿Querés que cierre con llave? —le pregunté.

Asintió de nuevo.

—Dámelas —dije.

Jimena hizo un gesto raro con la cara, y susurró:

—No las tengo.

Olvidé que llevaba a una dama herida, y alcé un poco la voz:

—Pero si me dijiste que las tenías.

—Me las dejaron. Pero quedaron adentro.

¿Qué podía hacer? No era el momento de pelearnos ni de hacerle reproches. Llamé al ascensor. Por supuesto, no funcionaba. ¿Qué estaba pasando? ¿Por qué no funcionaban los ascensores, y el tono del teléfono iba y venía? Que los perros se volvieran locos y atacaran a los seres humanos me parecía razonable. Yo lo había anticipado desde mi infancia. Pero la energía eléctrica, ¿qué tenía que ver con el asunto? ¿Y el teléfono?.

Bajé el primer piso casi llevando en andas a Jimena. Pero cuando llegamos al sexto, sucedió: Chogui no se había movido de allí. Ni se movería nunca más, si alguien no juntaba sus restos.

—¡Chogui! —gritó Jimena.

No la dejé quedarse. La obligué a bajar conmigo.